

La construcción discursiva de identidades populares*

El texto que sigue fue publicado por Viento Sur en dos partes, incluidas en los números 114-115 de dicha revista. El lector podrá encontrar aquí reunidas ambas partes, cuyo contenido hemos respetado fielmente.

EL término “populista” se ha convertido en un arma arrojada contra el adversario político, susceptible de ser aplicada a actores de signo ideológico muy diverso. Se trata de un concepto resbaladizo, de visibilidad creciente en el debate político, y marcado por la paradoja de que, pese a las ambivalencias y contradicciones en su uso, y de no contar con una definición unívoca y generalizada, prácticamente nadie se identifica voluntariamente como “populista”. Sin embargo, todas las fuerzas políticas exitosas que han protagonizado rupturas de –o irrupciones en– sistemas políticos relativamente institucionalizados, lo han hecho invocando al “pueblo” como referente de legitimidad y como comunidad política a la que movilizar para realizar su potencial hoy negado por algún tipo de limitación constituida.

* Fuente: [VIENTO SUR, 114-115](#)

En América Latina –y sobre América Latina–, por ejemplo, el término se usa sistemáticamente en los medios de comunicación empresariales y los principales centros de producción intelectual académica como forma de denigrar y aislar a los gobiernos y fuerzas políticas progresistas que se basan en una interpelación de los grupos tradicionalmente excluidos como el núcleo de la nación. La respuesta de la izquierda, como mucho, alcanza a señalar contraejemplos de la derecha para rechazar la etiqueta populista.

En Europa y Estados Unidos el término se usa para descalificar a actores políticos acusados de hacer interpelaciones demagógicas al “pueblo” frente al “establishment”, si bien a menudo de muy diferente signo ideológico.

Este artículo está basado en uno más breve, publicado en *Rebelión* el 14/10/2010 con el título “Sobre el populismo y la negación de la política”. En esta ocasión, y ante varias de las sugerencias y críticas recibidas, pretendo desarrollar lo apuntado entonces en dos sentidos: en primer lugar, ahondando en el enfoque alternativo propuesto para la comprensión del populismo, ontológico y no óntico, o como forma de construcción política antes que como ideología. En segundo lugar, usando este esquema para el análisis político del “populismo de derechas” en Europa y en el Estado español, y para explicar alguna de las razones del “giro a la derecha” del sentido común instituido, como terreno principal de la lucha política.

1. Discurso y construcción de sentido político

Les sucede a muchos términos que su uso continuado y abusivo termina por estirarlos tanto que al final adquieren contornos imprecisos, comienzan a servir para designar demasiados objetos y, finalmente, ganan en extensión lo que pierden en precisión.

En la política, éste es el terreno de disputas relevantes en las que, más allá de la precisión semántica, se dirime la capacidad de atribución de sentido: la potestad de instituir significados compartidos.

El ejemplo mejor de luchas por la institución de sentido que se libran en torno a una palabra son las diferentes, y a menudo antagónicas, interpretaciones que recibe la “democracia”. Convertida en bien valioso pero, en cierta medida, vacío, lo relevante es qué contenido sustantivo reciba en cada contexto. Esa es una lucha discursiva principal.

Esta actividad ha venido ganando en importancia en los últimos años, por dinámicas tales como la fragmentación y precarización del mundo laboral o la erosión –por arriba y por abajo– de la soberanía nacional, dos de las fuentes principales de identidad política de la historia contemporánea. Estos procesos, que son en última instancia los que están detrás del uso del concepto de “post-modernidad”, deben seguir siendo discutidos, así como sus implicaciones para la acción política transformadora. Lo que no sirve en ningún caso es su mera negación ideológica: la negación de la creciente dificultad para anclar identidades políticas a “universales” sólidos y preexistentes a base de su descalificación desde presupuestos morales.

Este escenario sitúa como momento central de la política la generación de sentidos compartidos, la construcción discursiva de sujetos que no se deriva “naturalmente” de ninguna pertenencia material compartida.

El modelo explicativo de la izquierda tradicional de la ideología como “falsa conciencia” que debía ser desvelada por el esclarecimiento científico socialista presenta importantes problemas teóricos que han

sido examinados en detalle en otros lugares.¹ Lo que interesa aquí es discutir sus implicaciones políticas.

Lukács ofreció un intento de solventar las grietas en la teoría política marxista abiertas por la creciente distancia entre lo que los sujetos sociales debían ser objetivamente y su comportamiento político efectivo: la “clase en sí” no siempre coincidía con la “clase para sí”.² Este esquema señala adecuadamente la tarea principal de una política autónoma de las clases subalternas: construir el sujeto político de “los de abajo”. Esa construcción debe basarse en la identificación de “dolores” compartidos –en la expresión de Boaventura de Sousa Santos–, pero su siguiente paso es la articulación de todos ellos en un sentido unitario, y su agrupación mediante una nominación que constituya el colectivo. Esta es una tarea contingente y discursiva. Se trata de la producción de voluntad colectiva de la que hablaba Gramsci, como la forma en la que un grupo social concreto ejerce la dirección del conjunto social integrando en forma subordinada a la mayoría, aislando a los menos, y encarnando con éxito el interés general.³

En consecuencia, los alineamientos políticos de una sociedad –las razones que unen y enfrentan a la gente– no pueden darse por determinados en ninguna esfera externa a la política. Esto no equivale en modo alguno a defender que sean arbitrarios, que cualquier criterio pueda convertirse en una fractura que ordene el campo político, pero

¹ En general, ver: Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985) *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso, y Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2004) *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

² Lukács, G. (1969 [1923]) *Historia y conciencia de clase*. Traducción de Manuel Sacristán. México DF: Grijalbo. Disponible en Internet en: <http://www.quedelibros.com/libro/8338/Historia-y-Conciencia-de-Clase-pdf.html/>

³ En concreto, ver: *Cuadernos V*, págs. 36-37, en A. Gramsci (2000 [1929-1937]) *Cuadernos de prisión*. México DF: Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 vol.. Traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana. En general, algunas de las aplicaciones de conceptos gramscianos al análisis esbozado en este texto están tomadas de Portelli (1974), Femia (1987) o Morton (2007).

sí a postular que ninguna condición material produce por sí misma posiciones y subjetividades políticas.

La tarea de la izquierda, por tanto, tiene mucho que ver con la producción, difusión y adaptación de marcos discursivos que den un sentido antagonista a la realidad social: que construyan una narrativa destinada a la consolidación de identidades políticas que enfrenten a las mayorías desposeídas con las minorías poderosas y privilegiadas. Este debe ser el objetivo principal de quienes aspiran a la construcción de poder político desde las clases subalternas.

La existencia de un “nosotros” y del “enemigo”, lejos de darse por supuesta, dependerá de los esfuerzos y la capacidad discursiva de la izquierda; será el resultado de una guerra de posiciones en la que se debe rearticular elementos del sentido común existente en un imaginario alternativo. Para ello los purismos, la actuación “como si ya se diesen los alineamientos” no tienen ningún sentido. Hay que atreverse a caminar entre los abismos paralelos de la marginalidad y la integración, con un pie en los consensos existentes y el otro en el que deseamos y que aún no existe más que como posibilidad.

Antes de avanzar en las implicaciones de esta perspectiva, es preciso detenerse brevemente en la discusión conceptual del “populismo”.

2. “Populismo”, definiciones vagas y uso despectivo

El populismo sigue siendo un objeto resbaladizo, de límites difusos y naturaleza ambivalente. El renacer en el interés por las experiencias o fuerzas políticas “populistas”⁴ no ha ido acompañado sin embargo de ninguna clarificación sobre qué sea el fenómeno populista. La mayor parte de los intentos de ofrecer un conjunto mínimo de características que definan al populismo encallan al fijar criterios tan estrechos que rara vez dos casos comparten la mayor parte de los de la lista, o bien

⁴ Ver, por ejemplo, enfoques muy diferentes en De la Torre (2003) o Panizza (2009).

al establecer parámetros tan generales y compartidos que lo difícil resulta decir qué fenómenos quedan fuera de la definición.

La mayor parte de las aproximaciones al “populismo” coinciden en señalar como rasgos mínimos la interpelación difusa y transversal —a menudo interclasista— al “pueblo”, su representación como encarnado por uno o más grupos excluidos en oposición a las élites, y el papel catalizador de un liderazgo carismático en la acumulación de fuerzas. Interpelación discursiva amplia, dicotomización antagónica del espacio político y liderazgo carismático serían así los tres elementos centrales del populismo.

La definición es altamente insatisfactoria, por cuanto se le puede aplicar a toda fuerza política rupturista, de muy diferente signo: a la *Legha Nord* italiana o el *Tea Party* norteamericano tanto como al chavismo venezolano o el MAS boliviano. La conjunción de la apelación a los excluidos como “pueblo” cuyos fines sólo pueden realizarse frente a los de las élites —opuestas al desarrollo de la comunidad idealizada— más el papel central de un liderazgo carismático, está presente en mayor o menor grado en todos los movimientos políticos que han transformado, o han aspirado a transformar con capacidad mayoritaria, la correlación de poder político en una sociedad concreta. No hay fuerza rupturista que pueda escapar plenamente de estos atributos. Sin embargo, intentar encontrar elementos ideológicos comunes entre ellos es una tarea condenada al fracaso.

3. Una definición alternativa del populismo: simplificación y dicotomización

Sin embargo, pese a sus prejuicios ideológicos y su indefinición conceptual, las críticas conservadoras al populismo entrañan parte de razón. Entre otras características definitorias del fenómeno, apuntan a la dicotomización del espacio político, la interpelación al pueblo como única fuente de legitimidad del poder político y al papel central de un liderazgo carismático.

Cabe rescatar esta propuesta de entendimiento del populismo no para emplearla como descalificación de determinadas construcciones políticas, sino para identificar cuál sea la “forma populista”. Según Ernesto Laclau, la “forma populista” es aquella que reordena el campo político mediante un discurso que construye el “pueblo” como la mayoría política nucleada en torno a un grupo subalterno, y opuesta al régimen existente, o a los resabios del viejo *establishment* una vez conquistado el poder político. De la definición de este grupo subordinado y la naturaleza de su subordinación —económica, étnico-cultural, político-administrativa, etc.— dependerá pues el carácter ideológico de cada construcción populista: la naturaleza del “nosotros” y el horizonte de liberación propuesto.

En ese sentido, la tautología “populista es el que interpela al pueblo” sólo cobra sentido si se especifica que:

1. Ningún pueblo preexiste a su nominación, sino que es construido discursivamente a partir de elementos preexistentes elevados a la categoría de definidores del “nosotros”. Esta es una operación netamente política, y constituye el paso primero y fundamental de toda movilización: la construcción del *nosotros*.

2. La interpelación al pueblo es política en tanto es conflictiva, esto es, en tanto su frontera constitutiva lo opone a la “oligarquía”, las “élites”, “la capital centralista” o “el sistema”. En este sentido la construcción populista es principalmente una ruptura del orden establecido, una reasignación de lugares e identidades que desbarata la institucionalización de sentido operada por el régimen existente en lo que Rancière denomina “labor de policía”. Esta es la segunda tarea central en toda ruptura del orden constituido: la construcción del *ellos*.

3. La construcción dicotómica siempre se hace desde *fuera* del orden existente.

Este “afuera” puede ser institucional, económico o étnico, pero es siempre el llamamiento de un *outsider* —o al menos de alguien que se proclama como tal— a refundar las estructuras políticas existentes. El tercer paso de toda movilización populista es, siempre, la convocato-

ria refundacionalista en términos de Gerardo Aboy: la realización de los cambios que adecuen las instituciones al “país real”, precisamente construido en su propia movilización.⁵

4. La movilización es sustancialmente diferente de la canalización de las demandas individuales o grupales por vías institucionales, y requiere la saturación de éstas por una acumulación de demandas insatisfechas que evidencien la necesidad de la confrontación política para la realización de los objetivos de la mayoría social frustrada. La construcción populista es, en este sentido, siempre *antiinstitucional*. Por más que se pueda valer de las instituciones de representación, apela a una legitimidad que emana en otro lugar: es tan grande como amplio y cohesionado sea el “nosotros” por el que dice hablar.

Hechas estas precisiones, el uso del término “populismo” puede problematizarse bajo una luz distinta, que arroja así sombras antes inadvertidas. El vaciamiento del término y su generalización como descalificación podrían entonces no ser inocentes, un mero resultado de un abuso inintencionado del término.

El discurso que interpela directamente a un grupo excluido del *statu quo* existente en tanto que corazón de un pueblo al que se llama a despertar ha sido cargado de connotaciones negativas: demagogia, milenarismo, caudillismo: principal y centralmente antidemocrático. La acepción dominante del término “populismo” es así heredera de una concepción de cuño liberal que desconfía profundamente de la participación política de masas y ve en ella una amenaza de la que el régimen democrático ha de guardarse mediante instituciones de control y balance. Tampoco es éste el lugar para profundizar esta discusión, pero conviene advertir frente a los intentos de despojar a la democracia de su veta más interesante: la del ejercicio permanente de autoinstitución de masas.

La interpretación que más fortuna ha hecho en los espacios académicos y en los medios de comunicación europeos es la que representa al

⁵ Ver: Aboy Carlés, G. (2003) “Repensando el Populismo”. *Política y Gestión*, 4.

populismo como una cierta perversión de la democracia, una movilización de masas ignorantes detrás de un líder carismático que desmonta los mecanismos de control y rendición de cuentas del estado de derecho para ejercer un gobierno “cesarista”. La ratificación de este gobierno tendría lugar en forma plebiscitaria, como aclamación del líder por el “pueblo” –electoralmente, en primer lugar– en un escenario político marcado por la división maniquea de la sociedad entre el “pueblo” y la “oligarquía” o las “élites”.

Salta a la vista que éste es un esquema marcadamente conservador, que realiza una teóricamente problemática identificación entre democracia y liberalismo que, lejos de ser sustancial y necesaria, ha sido el resultado de un proceso histórico contingente limitado además, es necesario señalarlo, a Europa y Estados Unidos.⁶

Esta interpretación entronca con las visiones conservadoras clásicas que recelan de la democracia y su “abuso” por parte de las muchedumbres, identificadas siempre con la incivilidad y la irracionalidad. La convocatoria a la irrupción de masas en el sistema político que suele acompañar a los fenómenos populistas –aunque ésta sea sólo como simulacro– enciende las alarmas de quienes entienden que la democracia, para ser viable, tiene que estar matizada por un sistema de contrapesos que, entre otras cosas, deja importantes sectores de la esfera pública –como la economía o el orden simbólico de la sociedad– fuera del ámbito de decisión de la voluntad popular. Es lo que señala Chantal Mouffe cuando dice que *una preocupación recurrente de los liberales ha sido cómo poner los derechos individuales fuera del alcance de la regla de la mayoría* (Mouffe, 1996: 187) La profunda desconfianza teórica hacia el populismo podría ser el indicio de un recelo hacia la ruptura del orden –siquiera sea discursivo– instituido.

La negación del populismo como modo legítimo de construcción de los alineamientos políticos –esto es, de generación de sentido e iden-

⁶ Una magnífica discusión de la *tensión* entre democracia y liberalismo, que constituye nuestras democracias contemporáneas, puede encontrarse en Mouffe, Ch. (1996) “La política y los límites del liberalismo”. *La política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad*, 1, 171-190.

tividad política a partir de ciertas condiciones sociales de partida— podría revelar entonces la voluntad de fijar para siempre el sentido político que orienta las posiciones, preferencias y horizontes posibles de una sociedad.

El “cierre de la política” ha sido señalado con voz de alarma por crecientes autores en los últimos años como intento de “tecnificar” cada vez más cuestiones de la vida pública sacándolas así del campo de lo discutible: no tiene sentido criticar a un gobierno si su política económica regresiva viene dictada por “los mercados”, como no tiene sentido revelarse ante la creciente restricción de derechos civiles porque se trata de una determinación securitaria evidente, apolítica. En la Ciencia Política, la tendencia a analizar el conflicto como una anomalía a evitar, o a mantener el “consenso” a base de expulsar a la esfera privada —económica— los antagonismos en un intento de “despolitizarlos” y naturalizarlos, refleja esta clausura del sentido, este intento permanente e imposible de finalizar la historia.

Slavoj Žižek señala que la “postpolítica” es la tentación autoritaria de hacer pasar por “naturales” decisiones o situaciones que responden a preferencias políticas, a intereses particulares que, de esta forma, resultan blindados. Esta negación de la conflictividad es, lejos de su apariencia pacificadora, una forma extrema de violencia: el cierre de lo posible con la llave de lo existente, ya ensayado por el *there is no alternative* de Margaret Thatcher y las primeras reformas neoliberales.⁷ Es altamente ilustrativo el rescate actual del mismo argumentario por los gobiernos europeos en sus programas regresivos de ajuste.

Gramsci ya definió la hegemonía como la capacidad de articular voluntad colectiva: el actor particular que consiga definir los fines universales de la sociedad haciéndolos coincidir con sus propios intereses es el que ejerce la dirección del conjunto. Una hipótesis a considerar es que la denigración actual del populismo guarde relación con la denigración de la política —y de las masas como sujeto político. No tendría nada de extraño entonces que la etiqueta “populista” recaiga

⁷ Žižek, S. (2007) *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

hoy con especial dureza sobre las fuerzas y gobiernos de izquierda en América Latina salidos de las descomposiciones de los distintos sistemas políticos como “emergencias plebeyas” para la refundación del Estado.

De ser así, además de librar la batalla por el anclaje del sentido asociado al “populismo”, la izquierda en Europa debería aprender ⁸ de la construcción discursiva que ha permitido a las izquierdas latinoamericanas salir de una prolongada crisis y volver a postular el avance general de sus sociedades.

4. La dimensión ganadora en las rupturas populistas

Definiendo entonces el populismo como forma de articulación política, y no en función de ningún contenido ideológico sustancial, estamos en mejores condiciones de comprender la pujante agresividad del populismo de derechas en Europa y Estados Unidos.

El rasgo definitorio del populismo es el trazado de una frontera antagónica que divide el campo político entre “el pueblo” y un exterior identificado como “los poderosos”, que impiden la armonización de la comunidad política. Estos dos lugares, “el pueblo” y las “élites” están tendencialmente vacíos, en la medida en que pueden recibir significados políticos muy variados. El sentido político de esta construcción dependerá por tanto de la lucha política.

Las precondiciones para la existencia de una operación discursiva populista, son la acumulación de demandas insatisfechas por el régimen de poder político existente y su cristalización en torno a alguna exigencia cuyo contenido particular – la demanda concreta – pasa a convivir con su significado político más amplio: la representación de la oposición general que expresa la cadena de demandas insatisfechas.

⁸ Al respecto, ver la interesante reivindicación de un “populismo europeo” hecha por el nada sospechoso de reaccionario Etienne Balibar en el diario *Público* (3/07/2010).

Las demandas encadenadas, es importante destacarlo, pueden no compartir entre sí más que su “negatividad”: su frustración común por parte de “los poderosos”.

Así hay que entender la provocadora afirmación de Slavoj Žižek de que en muchas ocasiones lo peor que le puede suceder a un movimiento de protesta es que, pasado cierto umbral de visibilidad, su petición sea satisfecha, despojándola así de la posibilidad de representar una oposición global difusa al orden existente.⁹ Los movimientos revolucionarios, al fin y al cabo, han sido exitosos en la medida en que –entre muchos otros factores– han conseguido “afilarse” en torno a reivindicaciones concretas las frustraciones, decepciones y rechazos para con el bloque dominante y sus instituciones. Este es el sentido de la concepción leninista de la “consigna”, no como palabra mágica que despierte a ningún sujeto histórico durmiente, sino como articulación de una voluntad colectiva contrahegemónica a partir de necesidades y reclamaciones heterogéneas.

Cuál sea la demanda concreta que se adelante para representar toda la cadena de reclamaciones unidas es una cuestión de primer orden. Será ella la que trace la frontera interna en la comunidad política, que delimite el “nosotros” e inevitablemente el “ellos”. Esta demanda particular –o demandas–, que en otro lugar he denominado *dimensión ganadora*.¹⁰ decide en última instancia el sentido político de la dicotomización del campo social y de sus dos polos. Un breve ejemplo comparativo servirá para ilustrar esta cuestión: el significado político del “pueblo” boliviano según su construcción oficialista deriva, en primer lugar, de la oposición entre los indígenas como mayoría social siempre postergada y las élites blancas asociadas a la economía de despojo de las multinacionales; por esta razón la hegemonía oficialis-

⁹ Žižek (2007), *op. cit.*

¹⁰ Para una aplicación del concepto *dimensión ganadora* al estudio de la construcción de hegemonía por el Movimiento Al Socialismo en Bolivia, ver Errejón, I. (2010) “Somos MAS”. *Un análisis discursivo de la construcción del pueblo boliviano durante el primer gobierno de Evo Morales*. Disponible en: http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/61/10/PDF/AT14_Errejon.pdf

ta puede ser calificada de “nacional-popular indígena”, en un sentido descolonizador, antiimperialista y difusamente igualitarista; la construcción del “pueblo” de la Padania, en el norte de Italia, por la *Legha Nord* ocurre en un proceso de articulación muy distinto, que diagnostica las limitaciones y padecimientos de la comunidad como resultado del “peso muerto” que supondrían para la economía próspera del norte el Estado centralizado en Roma y los impuestos para las regiones meridionales del país, así como la amenaza que para la idealizada comunidad *padana* supondría la inmigración norteafricana y del este de Europa. La “forma populista” de construcción de ambos movimientos, pareciéndose en cuanto lógica de articulación, no puede ser más opuesta en cuanto a su sentido político e ideológico.

Esta concepción del populismo, en todo caso, sirve para analizar el momento de ruptura, conflicto y emergencia de nuevas formaciones políticas o cambios sustanciales en la correlación de fuerzas. No tiene por qué tratarse de estallidos o revueltas, ni de agitaciones aceleradas y concentradas en el tiempo, pues la categoría “ruptura” no debe entenderse con parámetros cronológicos sino discursivos: como alteración radical de los sentidos que orientan la vida política de una comunidad y emergencia abrupta de otros.

La institucionalización de los nuevos campos políticos creados por la ruptura, y el desarrollo y consolidación de la hegemonía a través de las políticas públicas, son cuestiones cuya complejidad excede las aspiraciones de este artículo, y que en todo caso suscitan un interesante debate entre los adherentes a esta perspectiva.¹¹ Esta es una cuestión que dista mucho de estar cerrada y que debería ser objeto de profundización en relación con la(s) teorías críticas del Estado.

¹¹ Ver por ejemplo: Aboy Carlés, G. (2005) “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”. *Estudios Sociales*, XV, 27, y una perspectiva alternativa en: Barros, S. (2005) “The discursive continuities of the Menemist rupture”. En F. Panizza (comp.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.

5. Populismo en América Latina

Hemos visto ya que una condición inicial y necesaria para las rupturas populistas es la acumulación de demandas insatisfechas y la delimitación de una frontera que divide y simplifica la comunidad política en dos campos enfrentados: la “élite” y el “pueblo”. El nombre concreto que cada uno de los dos polos reciba depende, en cada caso, de cuál sea la demanda central en torno a la que se produzca la ruptura, y el contenido ideológico que genere retrospectivamente para cada uno de los términos de la oposición.

Esto sucede con mayor facilidad en los Estados de institucionalidad débil, donde los sistemas políticos son menos capaces de canalizar las reivindicaciones particulares a través de las estructuras administrativas estatales, y el Estado tiene unos reducidos recursos, que dificultan la satisfacción de las demandas planteadas.

En América Latina los procesos de periferia han causado generalmente la debilidad de los Estados nacionales.¹² Las reformas neoliberales implementadas en la región en las dos últimas décadas del siglo XX redujeron los ya escasos instrumentos fiscales y políticos de los Estados, al tiempo que multiplicaron las demandas sociales en medio de un contexto de desregulación económica, precarización y empobrecimiento de las clases subalternas.¹³

En la mayoría de los países esta sobrecarga de demandas insatisfechas provocó el colapso de los sistemas políticos, expresado en primer

¹² Para una reflexión sobre los Estados en las periferias del sistema-mundo, ver: Wallerstein, I. (2005 [1974]) “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”. *Comparative Studies in Society & History*, XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Madrid: Akal, 2005. págs. 387-415; y Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.

¹³ Ver, por ejemplo: Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books y Harvey, D. (2002) *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.

lugar por la creciente deslegitimación de los órganos institucionales de canalización de propuestas y reclamaciones: los medios de comunicación y, sobre todo, los partidos políticos. En algunos de estos países, las promesas neoliberales de desarrollo y enriquecimiento individual generaron expectativas que contrastaron con el empeoramiento general de las condiciones de vida y la creciente “insonorización” de los sistemas políticos a las reclamaciones planteadas.

En esas condiciones, las demandas insatisfechas comenzaron a vincularse en base a su común frustración. Las revueltas que estallaron en muchos de ellos, desde el “caracazo” de Venezuela en 1989 a la “guerra del gas” en Bolivia en 2003, el cambio de siglo fue particularmente conflictivo para las élites tradicionales latino-americanas. Esas protestas, que comenzaban en torno a una reivindicación –incluso de mayor carga “simbólica” que “material”– cuya desatención se consideraba intolerable, desembocaron –a veces de inmediato, a veces en un largo proceso de decantación– en cuestionamientos abiertos del orden existente, en deslegitimaciones masivas de las clases dirigentes y en la impugnación efectiva de su capacidad rectora. En estas sociedades el espacio político se simplificó produciendo “crisis del régimen”, que se convirtió en una “crisis orgánica” cuando las demandas de los grupos subalternos adquirieron centralidad como la cristalización de una oposición generalizada que enfrentaba al “pueblo” con las élites que ostentaban el poder económico, político y, a menudo, étnico. Estos pueblos, cabe destacar, no fueron la expresión política de ningún sujeto constituido en un espacio immaculado de “lo social”. Por el contrario, fueron una construcción contingente, marcada por el anti-neoliberalismo como narrativa del resentimiento de los grupos subalternos, y por el nacionalismo como aspiración de inclusión ciudadana y desarrollo soberano.

6. El populismo realmente existente en Europa: el de la derecha

En Europa, la situación es muy diferente. No es éste el lugar para ofrecer una explicación del fenómeno del populismo de derechas.¹⁴ Pero sí resulta interesante ubicar su surgimiento en un contexto de alta institucionalización, que ha inspirado en las élites políticas e intelectuales la ilusión de un destierro definitivo del antagonismo, de un tiempo más allá del conflicto en el cual las decisiones por tomar sean entregadas a los “expertos”.

La hipótesis del “fin de la historia” de Fukuyama ha sido objeto de muchos intentos de descrédito, pero su peligro no reside tanto en su carga descriptiva cuanto en su apuesta normativa: la consolidación de un amplio consenso en torno a la democracia liberal entendida como competición electoral de grandes maquinarias partidistas, el libre mercado y los derechos individuales como límites a la voluntad popular. Este consenso cerraría la época de las confrontaciones ideológicas, y sustituiría, de hecho, la política por la administración estatal y la gestión mercantil. De Fukuyama se podrán decir muchas cosas, pero lo cierto es que no parecía ir demasiado descaminado: este escenario parece dominar la agenda política y la esfera pública de la mayor parte de países europeos, dominada por la competición de dos grandes partidos, uno conservador-liberal y otro nominalmente socialdemócrata, pero que habría renunciado en lo fundamental a la redistribución de la riqueza y a las “aventuras” en las que la soberanía popular pudiera friccionar con la acumulación privada de capital.

Precisamente el paso de los partidos socialdemócratas, con diferentes acentos, a la “tercera vía” supone la sanción de un horizonte “postpolítico” que pretende que los “intereses generales” de la sociedad están ya definidos, y pueden ser perseguidos, en ausencia de necesidades

¹⁴ En su lugar, es altamente recomendable la lectura del trabajo de Chantal Mouffe “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha”. En F. Panizza, (coord.) (2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, págs. 71-96.

contradictorias, mediante la mera gestión “eficiente”. Habiendo renunciado a dar la batalla por la definición de los intereses generales, aceptando así los parámetros de la discusión política establecidos por los límites que el Estado liberal fija al alcance de la soberanía popular, abandonando toda pugna por establecer cuál es el “bien común” de nuestras sociedades, el centro izquierda ha renunciado a la política *strictu sensu*.

El correlato ideológico de esta evolución ha sido la extensión de la exaltación de los logros individuales y la denigración de lo colectivo como limitador de la libertad. En un artículo reciente en *Le Monde Diplomatique*, Slavoj Žizek mostraba de manera brillante la contradicción de una época en la que la publicidad, el cine, la industria del ocio y la cultura exaltan permanentemente la idea de que “nada es imposible” para el ser humano individualmente considerado, al tiempo que se repite machaconamente la idea de que, como especie, no hay nada más que conseguir más allá del horizonte democrático-liberal y la única postura racional y no arcaica es renunciar a cualquier meta colectiva, sospechosas todas de tendencialmente totalitarias.¹⁵

No es extraño así que una parte sustancial del consenso embrutecedor dominante sea la creencia mayoritaria en “soluciones eficaces” por encima de las ideologías, que serían sólo un corsé obstaculizador para la búsqueda –técnica, claro– de las mejores opciones. También es sintomática la querencia por “la moderación” –que es otra posición vacía susceptible de los contenidos más diversos– y la convicción, nunca argumentada, de que “todos los radicalismos son malos” y de que “los extremos se tocan”. Se trata de la tensión policiaca a cerrar la discusión política acotándola a quienes ya están de acuerdo.

El programa de TVE “Tengo una pregunta para usted”, que permite una comunicación más fluida entre los candidatos y los electores, es

¹⁵ Žizek, S. (2010) “Salir de la trampa y hacer lo imposible. Rechazo obstinado de un orden insoportable”. *Le Monde Diplomatique* Edición española. Noviembre 2010; número 181.

una buena muestra de ello.¹⁶ La mayor parte de las intervenciones de “ciudadanos anónimos” planteaban a “los políticos” problemas particulares no formulados dentro de ninguna superficie de inscripción colectiva, sino dentro del esquema mercantil de satisfacción aislada de necesidades fragmentadas. Además de reflejar la estupidez reinante, que confunde a los candidatos a puestos de gobierno con administradores concededores de las normativas y entresijos de las instituciones de regulación social, este hecho expresaba la despolitización generalizada: muy pocas intervenciones interpelaban a los candidatos desde un “nosotros” que excediese los marcos familiares o estrechamente corporativos,¹⁷ y por tanto ninguno cuestionaba las definiciones de la cosa pública rectoras de las políticas públicas postuladas por cada partido.

Este marco no sólo naturaliza el orden existente y constriñe todas las opciones razonables al interior de sus parámetros, consiguiendo así la pasividad generalizada. También fomenta la denigración de la política, paso previo para entregársela a comités de sabios muy bien pagados.

Es lógico que a una desustanciación de la política, a una actividad

¹⁶ Me refiero en concreto a los programas del 9 y 10 de noviembre de 2010 dedicados a las elecciones al Parlamento de Cataluña del 28 de noviembre de 2010.

¹⁷ El único tema en torno al cual, en los debates entre candidatos y ciudadanos en el programa de TVE, se expresaron temáticas con vocación de universalidad, capaces de producir identidades fuertemente políticas, fue el de la cuestión nacional catalana. Esto demuestra la enorme fuerza de las identidades nacionales, en modo alguno socavada por los procesos de globalización; también la imposibilidad, para cualquier proyecto que se quiera hegemónico, de descartar esa centralidad de los significantes nacionales a base de ignorarla. En contra de la mayor parte de los análisis postelectorales, el resultado del 28 de noviembre muestra el peso determinante de la fractura nacional como eje orientador del voto. Las dos fuerzas más castigadas en las pasadas elecciones, PSC y ERC, han pagado ante sus electorados potenciales los intentos de contemporización de la tensión nacional, perdiendo votos a favor de partidos más nítidamente españolistas en el caso del PSC hacia el PP, o nítidamente independentistas como en ERC hacia SI o “Reagrupament”.

interesada en sacar del debate político las grandes cuestiones que afectan a la vida cotidiana de la mayoría de las personas –salarios, condiciones de trabajo, precios, inversiones públicas, prestación de servicios públicos, derecho a la vivienda, al transporte o a la cultural, o incluso las grandes decisiones de política exterior– le haya seguido una pérdida generalizada de interés por la política. Pero la actividad continuada de desprestigio de la política como una actividad sospechosa, y de los políticos como “vividores” o “ineficaces” debe ser tomada como una ofensiva que, no por casualidad, deja siempre a salvo de su denigración la actividad privada entendida como el esfuerzo por el enriquecimiento personal. Algunos sectores de la izquierda radical, dicho sea de paso, se han apuntado de manera infantil al desprestigio de “los políticos” creyendo haber encontrado en ello una consigna que entronca con el hartazgo popular. En realidad, sus críticas suelen ser desestimadas tan pronto como afectan a los “emprendedores” o proponen un horizonte más allá del existente. El desprestigio de la política acaricia la utopía comunista del fin de la política y su sustitución por “la administración de las cosas” tras haberla deformado. El resultado es una distopía que fomenta el cinismo, el individualismo y la atomización, y la competencia salvaje. No se acaba con la política, pero se la entrega a la burocracia y las instituciones mercantiles no democráticas.

Este es el caldo de cultivo para el populismo de derechas. Descartados los ideales colectivos –a excepción de las apelaciones a la “nación” en sus diferentes formulaciones– y en un escenario de desprestigio de lo público y exaltación de lo privado, las frustraciones, angustias e insatisfacciones son difícilmente articulables por discursos de izquierda. Las nuevas modalidades de derecha “plebeya” construyen discursivamente un “pueblo” constituido por los buenos ciudadanos, honestos trabajadores blancos y propietarios, estafado por los políticos y las élites intelectuales nacionales y europeas, amordazado por lo políticamente correcto, y amenazado por la inmigración. En consonancia con lo afirmado hasta aquí, hay que afirmar que las fuerzas políticas de la nueva derecha populista dejan por lo general fuera de su punto de mira al libre mercado. Así ha sido en el caso de las

derechas populistas que han llegado al gobierno, como el FPÖ austriaco, los “posfascistas” de Gianfranco Finni o incluso la *Legha Nord* de Bossi; también sucede en el Estado español con las fuerzas menos marginales de una extrema derecha aún escasamente autónoma en lo político y electoral.

Esta apelación populista recibe su contenido ideológico del carácter de la frontera que traza: el odio del penúltimo —el ciudadano olvidado por las élites— frente al último —el migrante no propietario ni de estatus de ciudadanía. Ésta es la fractura que constituye el pueblo del populismo reaccionario, xenófobo y antiliberal.

Así, el único populismo realmente existente en la Europa del consenso por el “centro” político es el de derecha. A ello han contribuido todos los que sueñan con el fin de la política y el conflicto, y en especial la izquierda mayoritaria que ha renunciado a ofrecer soluciones sustancialmente diferentes sobre las cuestiones socio-económicas. En este contexto discursivo, es más normal que las demandas frustradas se articulen en un sentido cínico y egoísta, agresivo contra los más desposeídos y profundamente desconfiado de la democracia y de lo público como ámbito de discusión y mejora de la vida en colectivo.

La acusación de que la derecha populista ofrece “soluciones fáciles” o “simplistas” es tan ineficaz como la condena moral que aumenta la posibilidad de los reaccionarios de presentarse como La oposición al sistema político existente. Todas las fuerzas políticas que han sido capaces de movilizar amplios sectores de la sociedad en pos de un objetivo común, lo han sido merced a su habilidad para sintetizar sus diagnósticos y, sobre todo, sus propuestas de solución en formulaciones sencillas y directas. Cualquier fuerza que no sea capaz de hacerlo debe ser tomada, en consecuencia, como sospechosa de no tener ninguna solución en absoluto.

La exclusión de las grandes cuestiones de la vida política, el miedo al conflicto, la ilusión de una política aséptica y libre de las identificaciones pasionales, han llevado a Europa a un *impasse* que ha permitido que en diferentes países la extrema derecha se haya presentado eficazmente como una fuerza antisistémica. Esto no es un fenómeno

periférico, sino directamente relacionado con la hegemonía de la “postpolítica” neoliberal, su cara oscura, plebeya y agresiva. Por el contrario, en los momentos en los que la agenda política ha estado ordenada por fronteras antagónicas, que provocaban adhesiones pasionales e identificaciones populares que excedían la canalización institucional –como durante las movilizaciones contra la invasión a Irak, o las protestas contra los recortes en Francia, Inglaterra, Grecia o en menor medida el Estado español– las frustraciones no han sido articuladas en discursos de derechas sino que han estado relativamente disponibles para la construcción de “pueblos” de izquierdas, unificados contra los recortes sociales y las salidas regresivas a la crisis. Ese es el camino, profundizar la construcción de antagonismo.

7. Unos últimos apuntes sobre el sistema político español y las posibilidades de ruptura populista

En el país llamado España, y que las dificultades de la izquierda para nombrar un “nosotros-pueblo”.¹⁸ le obliga a llamar “Estado español”, la situación de negación del conflicto y de adormecimiento de la política ha dificultado enormemente la constitución de un sujeto político amplio por el cambio social. Pero esa dificultad no afecta de la misma forma a todas las fuerzas de la arena política, ni constituye sólo un problema para las izquierdas con voluntad radical. La izquierda que apostó por la concertación también sufre en la actualidad las consecuencias de su intento de retiro de la política.

¹⁸ Estas dificultades no rigen obviamente para los discursos nacional-populares de las izquierdas que reivindican nacionalidades periféricas alternativas a la española. Pese a sus dificultades en la nominación de un pueblo distinto del español, y en la materialización jurídica de esa comunidad política por escindir-se, no deja de ser significativo que –con las diferencias obvias entre territorios– sólo las izquierdas con capacidad de interpelación nacional alternativa a la española hayan sobrevivido con una cierta relevancia social al proceso de marginalización de las fuerzas políticas “rupturistas” después de la Transición a la democracia.

Aquí la última vez que el escenario político estuvo sustancialmente “abierto” fue en los últimos años de la dictadura de Franco y en el proceso de la Transición. La multiplicación de organizaciones políticas, del debate ideológico y de las energías colectivas orientadas a fines de emancipación social, hablan claramente de un momento de aceleración histórica y de discusión de los sentidos políticos: esto es, de una redefinición colectiva de los marcos de convivencia y de los canales institucionales de solución de conflictos.

La clausura exitosa de la Transición como un pacto entre élites basado en primer lugar en la reclusión de la política en las instituciones –sacándola de las calles, los centros de trabajo o las asociaciones vecinales– supuso la estabilización de un sistema político marcado por un amplio consenso entre los grupos rectores de la dictadura y las fuerzas políticas más “moderadas” y homologables ante Europa de la oposición democrática. Este pacto excluía de la agenda de discusión política las cuestiones que tradicionalmente habían ordenado las identidades políticas en el Estado español: la monarquía y la bandera nacional, la propiedad de los medios de producción y la distribución de la riqueza social, y lo intentó con éxito desigual con el modelo territorial de Estado. Así, el pacto constitucional conformaba un amplio bloque histórico dirigente del Estado y un sólido sistema político tendente a la exclusión de ciertas demandas y a la tramitación aislada de otras. Una operación radical de “transformismo”, en términos gramscianos.

El fantasma que esta estabilización del sistema político debía conjurar era aquel de las “dos Españas”, la dicotomización radical del campo político que llevó a la Guerra Civil como momento culmen del antagonismo –y de la politización. Frente a aquella suerte de “ruptura populista”, la construcción de la democracia exigía, según el discurso dominante, la disolución de las identidades populares en una amplia y difusa identidad nacional reunificada, y en una estructura política que permitiese la minimización del conflicto social.

En la medida en que gran parte de los puntos de partida de aquella construcción política eran las “líneas rojas” trazadas por los grupos

dirigentes de la dictadura, la derecha asumió sin demasiados traumas el nuevo escenario, con gran parte de sus intereses blindados por su exclusión de la agenda política. Se trataba de una inclusión controlada, que no invalidaba por tanto el relato nuclear del pensamiento conservador: el que oponía a la patria verdadera con sus antitesis de la degeneración, la lucha de clases como enfrentamiento fratricida, y los nacionalismos periféricos: la “antiespaña”.

Las fuerzas de la izquierda tuvieron en cambio que representar un giro discursivo notable, de los marcos del antagonismo entre la(s) España(s) amplia de las mayorías populares (y los pueblos) y la minoría dominante —encarnada en la caricatura del señorito, el guardia civil y el cura— a los de la reconciliación nacional y la gestión institucional de los conflictos. Estos conflictos, en todo caso, no serían ya las cuestiones centrales con capacidad de dibujar fronteras antagónicas, sino diferencias mínimas. Los elementos centrales de la convivencia se encontraban a salvo de la discusión política, definidos de una vez por todas en un momento en el que para las fuerzas del cambio pesaba la amenaza de la involución militar, y fuera por tanto del ámbito de la soberanía popular.

De esta forma, fue la izquierda mayoritaria, particularmente pusilánime, quien se empeñó en dar muestras de su “democraticidad”, igualada ésta con la renuncia a los “temas sensibles”, y de su capacidad única para desconflictuar el sistema político español. La derecha, mientras tanto, mantuvo sus signos identitarios fuertes, tales como la bandera rojigualda y el nacionalismo español, el antisindicalismo feroz o el catolicismo agresivamente antilaico. No por sorpresa de estos elementos han partido todas las movilizaciones de masas de las organizaciones conservadoras de la sociedad civil.

Suscitando bastante atención mediática, la iniciativa “Transforma España” de la Fundación Everis presidida por Eduardo Serra, entregó a Juan Carlos I el 16 de noviembre de 2010 un documento que resulta una magnífica demostración de operación hegemónica conservadora.¹⁹ Al mismo tiempo que anima a *desideologizar la política* y su-

¹⁹ El documento, titulado “Un momento clave para construir entre todos la Es-

perar el “obsoleto” antagonismo de clase, redibuja la frontera que constituye la sociedad: el *valor país de España* debe ser afirmado *contra el Estado y los políticos*, identificados con la ineficiencia y el enfrentamiento.²⁰ Este discurso liberal apunta a la creación de una “Big Society” –a la Cameron– unificada en torno a un consenso sólo alcanzable mediante la confinación de los antagonismos a la esfera privada, donde son invisibilizados. Este sí es un dispositivo de reafirmación de la frontera, con ciertos ribetes populistas: la buena sociedad española sólo podrá reconciliarse consigo misma reduciendo el peso de la política y apartando a los partidarios de (otras) divisiones. Pretendiendo hablar desde ninguna parte, los promotores del manifiesto se ubican así desde la universalidad, la posición invisible del vencedor. El llamamiento “pluralista” a superar la división y el enfrentamiento político debe ser leído entonces como un violento movimiento hegemónico, que opera mediante el estrechamiento de las posibilidades de la soberanía popular y la reificación de las relaciones de poder existentes, colocándolas a salvo de lo político. Así, este discurso no parte de una comunidad política pre-existente, sino que la (re)construye definiéndola, atribuyéndole morfología, intereses comunes y fronteras. Se trata siempre, por tanto, de una construcción en el antagonismo.

La izquierda, habiendo abrazado en solitario la idea de las “dos Españas”, ha renunciado así a activar, vivificar y movilizar a la suya. Gracias a eso se ha hecho campeona de la corrección política, pero ha ido

paña admirada del futuro” puede consultarse aquí:

www.fundacioneveris.es/Images/Transforma%20Espa%C3%B1a%20Fundaci%C3%B3n%20everis_tcm32-71088.pdf

²⁰ Aquí se realiza un brevísimo análisis discursivo del documento “Transforma España” de la Fundación Everis para emplearlo como ejemplo de la tensión postpolítica de la hegemonía liberal- conservadora. No obstante, para una reflexión más profunda sobre la iniciativa de la Fundación Everis y los objetivos políticos que persigue, este análisis se remite al lúcido artículo de Jaime Pastor “La sociedad civil...del gran capital vuelve a la ofensiva” (*VIENTO SUR*, nº 113) Disponible en:

<http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3340>

retrocediendo pasos agigantados en la lucha ideológica y por la institución del sentido político de los hechos sociales, y en consecuencia siendo la facción progresista de un bloque social cuyas fronteras discursivas define el adversario.

La derecha debe parte de su influencia creciente sobre el sentido común de nuestra época a su beligerancia, a no haber olvidado nunca que la política democrática no sólo no es contradictoria con el conflicto sino que lo necesita. En la medida en que esa beligerancia pase por una interpelación al “pueblo español” que lo enfrente a las élites bienpensantes y políticamente correctas y a los consensos edificados en una correlación de fuerzas en decadencia, podremos hablar de una activación populista de la derecha. Temáticas como la inmigración, el debate sobre el cambio climático, el rol constitucional de los sindicatos o el modelo confrontacional al que tienden los medios de comunicación conservadores, podrían ser una muestra de esta dinámica, ante la sonrisa educada y displicente de una izquierda a la que le gustaría que alguien le exonerase de la política. ●

Agradezco las lecturas previas y comentarios de Manuel Canelas, Jorge Moruno, José Antonio Errejón y Miguel Romero.

Íñigo Errejón es investigador en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR* y de la Fundación CEPS. E-mail: ierrejon@cps.ucm.es

Bibliografía:

- Aboy Carlés, G. (2003) “Repensado el Populismo”. *Política y Gestión*, Homo Sapiens Ediciones, Vol. 4.
- Aboy Carlés, G. (2005) “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”. *Estudios Sociales*, Revista Universitaria Semestral, Año XV, núm. 27, primer semestre.
- Barros, Sebastián (2005) “The discursive continuities of the Menemist rupture”. En F. Panizza (comp.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Butler, J., Laclau, E. y Žizek, S. (2004) *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De la Torre, C. (2003) “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”. *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, Santiago de Chile.
- Errejón, I. (2010) “Somos MAS”. *Un análisis discursivo de la construcción del pueblo boliviano durante el primer gobierno de Evo Morales*. Disponible en: http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/61/10/PDF/AT14_Errejon.pdf
- Femia, J. (1987) *Gramsci Political Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- Gramsci, A. (2000 [1929-1937]) *Cuadernos de prisión*. México DF: Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 vol.; traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.
- Harvey, D. (2002) *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.
- Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books.
- Laclau, E. y Mouffé, Ch. (1985) *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Laclau, E. (ed.) (1994) *The making of political identities*. Londres: Verso.
- Lukács, G. (1969 [1923]) *Historia y conciencia de clase*. Traducción de Manuel Sacristán. México DF: Grijalbo.
- Morton, A. D. (2007) *Unravelling Gramsci Unravelling Gramsci. Hegemony and Passive Revolution in the global economy*. Londres: Pluto Press Books.
- Mouffé, Ch. (1996) “La política y los límites del liberalismo”. *La política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad*. 1, 171-190.
- Mouffé, Ch. (2009) “El fin de la política y el desafío del populismo de dere-

cha”. En F. Panizza, (coord.)

El populismo como espejo de la democracia Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 71-96.

- Panizza, F. (coord.) (2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pastor, J. (2010) “La sociedad civil...del Gran Capital vuelve a la ofensiva”, *VIENTO SUR*, 28/11/2010.
- Portelli, H. (1974) Gramsci y el bloque histórico. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Wallerstein, I. (2005 [1974]) “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”. *Comparative Studies in Society & History* XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Madrid: Akal, 2005, 387-415.
- Zizek, S. (2007) *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
- Zizek, S. (2010) “Salir de la trampa y hacer lo imposible. Rechazo obstinado de un orden insoportable”. *Le Monde Diplomatique* Edición española. Noviembre 2010; número 181.